

de asustar á héroes verdaderos? Una mujer ¡ha de privarme de toda mi gloria militar?

UN SOLDADO. (Que entra huyendo.)—¡La Doncella! ¡Huid, huid, mi General!

TALBOT. (Derribándolo en tierra.)—¡Huye á los infiernos! ¡Mi espada atravesará á todo el que me hable de miedo y de cobardé huida! (Vase.)

### ESCENA VI.

Descúbrese el fondo del teatro, y se ve el campamento inglés, presa de las llamas. Oyense los tambores, y unos persiguen y otros huyen. Poco después se presenta MONTGOMERY.

MONTGOMERY. (Solo.)—¿Adónde huir? Por todas partes nos cercan los enemigos y la muerte. Aquí el general enfurecido, que amenaza con su espada á los que huyen, y allá aguardándonos la muerte. Allí esa doncella terrible, que, como la hama, todo lo devasta... Y ningún matorral en donde ocultarme, ni una caverna, que me ofrezca seguridad. ¡Ojalá que nunca me hubiera embarcado para atravesar la mar, ay de mí, desdichado! Insensato fui en querer ganar fácil gloria en la guerra de Francia, y ahora el destino funesto me arrastra á esta contienda mortal... ¡Si estuviese en las orillas risueñas del Saverna, en la morada pacífica de mi padre, y en donde dejé, llenas de tristeza, á mi madre y á mi tierna prometida! (Juana se presenta á lo lejos.) ¡Ay de mí! ¿Qué veo? Allí aparece la terrible Doncella! Se destaca entre las llamas del incendio, á su luz siniestra, como si el averno vomitara uno de sus espectros en medio de la noche... ¿En dónde me refugio? Ya ha fijado

en mí sus miradas de fuego, y, desde lejos como la serpiente, me fascina y paraliza. Su mágico influjo encadena más y más mis pies, impidiéndome la huida. Aunque no lo desee, he de mirar fatalmente esa imagen, que da la muerte. (Juana da algunos pasos hacia él, y se detiene.) ¡Se acerca! No esperaré que sea la primera en atacarme. Suplicante abrazaré sus rodillas, y le pediré la vida. Es mujer, y quizás mis lágrimas la ablandarán. (Mientras él se aproxima, ella corre á su encuentro.)

### ESCENA VII.

JUANA y MONTGOMERY.

JUANA.—¡Morirás, porque naciste de madre inglesa!

MONTGOMERY. (Cayendo á sus pies.)—¡Detente, Doncella terrible! No mates á un indefenso. He abandonado espada y escudo, y me postro á tus pies, desarmado y suplicante. Déjame gozar de la luz de la vida, y acepta mi rescate. Mi padre, dueño de bienes cuantiosos, habita en el país de Gales, por cuyos verdes campos corre el Saverna de ondas plateadas, y cincuenta aldeas acatan su señorío. Dará oro abundante por su amado hijo, si lo rescata vivo del campamento de los franceses.

JUANA.—¡Insensato extraviado! ¡Eres hombre perdido! Has caído en manos de la Doncella, que es implacable, y de la cual no hay que aguardar rescate ni salvación. Si tu desventura te hubiese llevado á las fauces de un cocodrilo, ó á las garras de un tigre real, podrías encontrar acaso castima ó misericordia; pero en el mío, sólo la muerte. El espíritu, que me domina, inviolable é inflexible, me ha impuesto la terrible condición de dar muerte con mi es-



pada á todos los seres vivos, que me presenta el Dios de las batallas en sus misteriosos designios.

MONTGOMERY.—Pavor infunden tus palabras, aunque es dulce tu mirada; y cuando se te contempla de cerca, no es terror lo que inspiras, y tu hermosura seduce mi corazón. Yo te suplico, invocando la dulzura propia de tu sexo. ¡Apíadate de mi juventud!

JUANA.—No me conjures por mi sexo. No me lames mujer. Como los espíritus incorpóreos, que no obran como los demás seres de la tierra, no pertenezco á sexo alguno humano, y bajo esta coraza no late ningún corazón.

MONTGOMERY.—Yo te ruego por la ley sagrada y poderosa del amor, á la cual rinden homenaje todas las criaturas. En mi patria he dejado una amada, bella como tú, y como tú, dotada de todos los atractivos de la juventud. Espera llorando la vuelta de su amante. ¡Oh! ¡Si tú misma crees que has de amar algún día, y ser feliz con tu amor, no sépares cruel dos corazones, unidos por el sagrado vínculo del amor!

JUANA.—Llamas á voces á Dioses terribles y extraños para mí, que no son santos ni venerables. Nada sé de los vínculos del amor, que tú invocas, y jamás profesaré su vano culto. ¡Defiende tu vida, que la muerte te aguarda!

MONTGOMERY.—¡Oh! Apíadate de mis padres, dignos de estima, que he dejado en mi hogar. ¡Si; tú tendrás padres también, y su recuerdo habrá de atormentarte!

JUANA.—¡Desdichado! ¡Y me representas así á mi memoria cuántas madres de este país han quedado huérfanas de sus hijos, cuántos tiernos niños sin padre, cuántas esposas prometidas sin esposos! ¡También las madres de Inglaterra aprenderán ahora lo que es la desesperación, y lo que significan las lágrimas vertidas por las miseras francesas.

MONTGOMERY.—¡Es triste morir en tierra extranjera sin ser llorado!

JUANA.—¿Quién os llamó á este país extraño, para devastar sus campos cultivados con esmero, para arrojarnos de nuestros lares patrios, y para lanzar la tea incendiaria de la guerra en el santuario de pacíficas ciudades? Soñabais, en vuestra vanidad insensata, que someteríais á los franceses libres á vergonzosa esclavitud, y que remolcaríais este vasto reino, como una barquilla, con vuestro buque de alto bordo. ¡Insensatos! Las armas reales de Francia están suspendidas del trono de Dios; y antes arrancaríais una estrella del cielo, que una aldea de este país, cuya unión será eterna. Llegó el día de la venganza; ninguno repasará vivo la mar sagrada, que Dios puso entre vosotros y nosotros, y que, al desobedecerlo, profanasteis.

MONTGOMERY. (Soltando su mano.)—¡Oh! ¡Moriré sin remedio! La muerte horrible se apoderará de mí.

JUANA.—¡Muere, amigo! ¿Por qué temblar así ante la muerte, destino inevitable?... ¡Mirame, mírame; yo soy sólo una doncella, pastora desde que nací; esta mano no está acostumbrada á manejar la espada, porque hasta ahora sólo conocía al inocente cayado. Pero separada violentamente de mis prados natales, de los brazos de mi padre, de las caricias de mis amadas hermanas, me he visto obligada á venir aquí, aquí... la voz de Dios, no mi capricho... me trae aquí para vuestro mal, no para vuestra alegría, ya que, como horroroso espectro, vengo á derramar sangre y á dar la muerte, para ser luego su víctima. Yo no veré el día risueño de mi vuelta á mis hogares. Pero antes sucumbirán muchos de los vuestros, y haré muchas viudas, hasta que al cabo yo misma perezca, y cumpla mi destino... Cumple ahora el tuyo. Empuña, pues, tu espada sin demora, y luchemos por el dulce beneficio de la vida.

MONTGOMERY. (Levantándose.)—Ya que eres mortal, como yo, y que pueden herirte las armas, acaso se haya concedido á mi brazo enviarte á los infiernos, y poner fin á los



desastres de Inglaterra. En las manos de Dios pongo mi vida. ¡Llama en tu ayuda, oh condenada, á los espíritus infernales! ¡Defiende tu vida! (Alácala con su escudo y su espada. Óyese á lo lejos música bélica; Montgomery cae, después de pelear un momento.)

### ESCENA VIII.

JUANA, sola.

JUANA.—Tus mismos pasos te han traído á la muerte... ¡Adiós! (Aléjase de él, y se detiene pensativa.) ¡Virgen Santísima; tú, en mi persona, haces grandes milagros, porque infundes fuerza en mi débil brazo, y crueldad en mi corazón! Siento piedad en mi alma, y tiembla mi mano, como si hubiera de profanar un santuario, cuando me veo obligada á derramar la sangre de algún enemigo. Sólo la vista del acero brillante me llena de terror. Pero, cuando lo he menester, me ayuda la fuerza, y la espada se mueve por sí en mi mano temblorosa, como si fuese un espíritu vivo.

### ESCENA IX.

JUANA, y UN CABALLERO con la visera calada.

EL CABALLERO.—¡Maldita! ¡Ya llegó tu última hora; te busco por todo el campo de batalla, fantasma vano y funesto! ¡Torna á los infiernos, de donde has salido!

JUANA.—¿Quién eres tú, á quien su mal ángel trae á mi encuentro? Tu traza parece de Príncipe; no te creo inglés,

porque llevas los colores de Borgoña, ante los cuales bajo mi espada.

EL CABALLERO.—¡Tú, mujer infernal, no mereces morir de la noble mano de un Príncipe! El hacha del verdugo debe separar tu cabeza de tu cuerpo nefando, no la valiente espada del real Duque de Borgoña.

JUANA.—¿Eres tú, pues, ese mismo Duque?

EL CABALLERO. (Levantándose la visera.)—¡Yo soy! ¡Tiembla, oh miserable, y desespera! Ya no te ampararán las artes de Satanás. ¡Te las hubiste hasta ahora con niños! ¡Ante ti tienes un hombre!

### ESCENA X.

LOS MISMOS, y DUNOIS y LA-HIRE.

DUNOIS.—¡Vuélvete, Duque de Borgoña! ¡Combate con hombres, no con mujeres!

LA-HIRE.—Nosotros protegemos la cabeza sagrada de la Profetisa, y antes atravesará este pecho tu espada...

EL DUQUE.—Ni temo á esta enamorada Circe, ni á vosotros, tan vergonzosamente transformados por ella. Ruborízate, Dunois; baja los ojos, La-Hire, porque habéis asociado vuestro valor notorio á las artes diabólicas, trocándoos en miserables escuderos de una Doncella infernal. ¡Venid, pues! ¡A todos os desafío! Desespera de Dios quicá recurre al demonio. (Cuando se aprestan á la pelea, interviene Juana.)

JUANA.—¡Deteneos!

EL DUQUE.—¿Tiemblos por tus amantes? Ante tus ojos caerá... (Dirigese contra Dunois.)

JUANA.—¡Deteneos! ¡Separadlos, La-Hire!... No debe co-



rrer sangre francesa, ni el acero ha de decidir esta contienda. Obra como han resuelto los astros... ¡Separaos, digo...! Escuchad y respetad al espíritu que me domina y habla por mis labios.

DUNOIS.—¿Por qué detienes mi brazo, ya levantado, y suspendes la sangrienta decisión de la espada? El acero se ha desenvainado; que hiera, y Francia se verá unida y vengada.

JUANA. (Que se pone entre los dos, dejando entre ambos vasto espacio; al Bastardo.) ¡Retiraos! (A la-Hire.) ¡No os mováis! Tengo que hablar al Duque. (Después que todos se quedan tranquilos.) ¿Qué pretendes, Duque de Borgoña? ¿A qué enemigos buscan tus miradas homicidas? Este noble Príncipe es hijo de Francia, como tú, y este valiente, tu hermano de armas, y tu compatriota, y yo misma natural de tu patria. Todos nosotros, á quien te propones aniquilar, somos tuyos... nuestros brazos están prontos á estrecharte, y á doblarse ante tí nuestras rodillas... nuestras espadas están sin filo contra tí. Respetable es para nosotros el rostro, que, si bien bajo yelmo enemigo, lleva los rasgos amados de nuestro Rey.

EL DUQUE.— Con blandas palabras y adulator acento intentas, oh sirena, atraer á tu víctima. Tu astucia no me engaña. Mis oídos están preparados contra tus artes ponzonosas, y tus miradas ardientes se estrellan en la acorada coraza de mi pecho. ¡A las armas, Dunois! ¡Combatamos con ellas, no con palabras!

DUNOIS.—Hablemos primero, y peleemos después. ¿Tienes miedo á hablar? Cobardía es también, y señal funesta de traición.

JUANA.—No es una necesidad imperiosa la que nos trae á tus pies, ni nos presentamos como suplicantes á tí... ¡Mira á tu alrededor! Reducido á ceniza está el campamento inglés, y vuestros muertos llenan la tierra. Oyes tocar las

trompetas guerreras de los franceses, y por mandado de Dios ha sido nuestra la victoria. La rama de laurel de la victoria, cortada recientemente, la compartiremos gozosos con nuestro amigo.... ¡Oh! ¡Venid á nosotros! Venid, noble fugitivo, á donde la justicia asegura el triunfo. Yo misma, enviada por Dios, te ofrezco mi mano amiga. Quiero salvarte, y ganarte para la buena causa. El cielo se declara en favor de Francia. Sus ángeles... tú no los ves... pelean por el Rey, y todos ostentan las flores de lis. Pura y clara, como esta bandera, es nuestra empresa, y la Inmaculada Virgen nuestro casto símbolo.

EL DUQUE.—Artificiosas son las palabras engañosas de la mentira, aunque sencillas como las de un niño. Cuando los espíritus perversos las sugieren, semejan maravillosamente la inocencia. No quiero oír más. ¡A las armas! ¡Mis oídos, no hay duda, son más débiles que mi brazo!

JUANA.—Me llamas mágica, y me acusas de emplear artes diabólicas... Establecer la paz, y reconciliar á quienes se aborrecen ¿es arte diabólica? ¿Proviene la concordia del eterno abismo? ¿Qué más inocente, más sagrado, más humano, más loable que defender la patria? ¿Desde cuándo lucha así consigo misma la naturaleza, que el cielo abandone la causa de la justicia, y el demonio la defienda? Y si es verdad lo que te digo, ¿de dónde crees que viene, sino de arriba? ¿Quién me hubiera acompañado en los pastos, y trasformádome de sencilla pastora en heroína de grandes hazañas? Jamás me he visto en presencia de Príncipe, é ignoro el arte de hablar; pero ahora, cuando necesito conmoverte, tengo la penetración necesaria, conozco lo desconocido, y el destino de reinos y reyes aparece ante mis ojos de niña tan claro como la luz del sol, y mi voz retumba como el trueno.

EL DUQUE. (Profundamente conmovido, la mira y la contempla atónito.)—¿Qué me sucede? ¿Qué siento? ¿Es alguna deidad



que, en lo hondo de mi pecho, muda mi corazón?... Imagen tan elocuente no engaña sin duda. ¡No, no! Si me ciega un poder mágico, es un poder divino. Una voz interior me dice que el mismo Dios la envía.

JUANA.—¡Se ha conmovido! ¡Lo está! No le he suplicado en vano. Las nubes tempestuosas de la ira, acumuladas en su frente, se deshacen en lágrimas, y de sus ojos, que destellan paz, sale el refulgente sol del sentimiento... ¡Dejad las armas!... ¡Abrazaos!... Llorá; se ha convertido... es nuestro. (Suelta su espada y su bandera; corre hacia él con los brazos abiertos, y lo estrecha en ellos con entusiasmo. La-Hire y Dunois dejan caer sus espadas, y corren también á abrazarlo.)

---



---

### ACTO III.

La escena es en el campamento del Rey, en Chalons-sur-Marne.

#### ESCENA PRIMERA.

DUNOIS y LA-HIRE.

DUNOIS.—Éramos amigos íntimos, hermanos de armas, prontos á defender unidos la misma causa, y á sufrir juntos los males y la muerte. Que el amor á una mujer no rompa los lazos que han resistido á todas las vicisitudes de la suerte.

LA-HIRE.—¡Escuchadme, Príncipe!

DUNOIS.—Amáis á esa doncella maravillosa, y conozco vuestro propósito. Pensáis buscar ahora al Rey, y pedirle á Juana por esposa... No rehusará esa recompensa á vuestro valor... Tened entendido, sin embargo... que, antes de verla en brazos de otro...

LA-HIRE.—¡Oídme, Príncipe!

DUNOIS.—No me atrae en ella la rápida y pasajera impresión de su belleza. Ninguna mujer habla perturbado mis